

EL PROGRESO SOVIETICO Y SU AMENAZA

Hay una asombrosa profecía de Alexis de Tocqueville que hace cavilar sobre el poder de la mente humana para prever científicamente las grandes líneas del futuro. Esa profecía ha sido citada a menudo, pero vale la pena repetirla para comprobar, con el texto en la mano, que esto de "la guerra fría" es algo serio, es decir, algo que desborda los límites de lo meramente militar.

Hace 121 años, en "La démocratie en Amérique" escribió Tocqueville:

"Existen hoy sobre la tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen avanzar hacia el mismo objetivo, los rusos y los anglo-americanos. Los dos han crecido en la oscuridad y mientras las miradas de los hombres se dirigían hacia otras partes, ellos se han colocado de improviso en primera fila entre las naciones, y el mundo se ha enterado, simultáneamente, de su existencia y de su grandeza. Todos los demás pueblos parecen haber alcanzado, aproximadamente, los límites que la naturaleza les trazara y no tiene sino que conservar lo que poseen, pero esos dos están en pleno crecimiento. Todos los demás se han detenido o no avanzan más que al precio de mil esfuerzos, pero esos dos marchan con paso fácil y rápido en una carrera cuyo final no se divisa a simple vista... Para lograr su objetivo, el americano se basa en el interés personal y deja actuar, sin dirigirlos, la fuerza y la razón de los individuos. Los rusos concentran, por decir así, en un hombre, todo el poder de la sociedad. Uno tiene por principal medio de acción la libertad; el otro, la servidumbre. Sus puntos de partida son diferentes, sus vías diversas y, sin embargo, cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo!"

Por otro lado, décadas antes que Lenin dijera que el camino para la conquista de Europa pasaba por Asia y antes de que el viejo continente se desangrara en dos guerras mortales, Louis Veuillot escribía en el prólogo a una obra de Donoso Cortés:

"Si Europa continúa esperando y aplicando su actividad en forma de hacerla más desastrosa para sí misma que lo que sería su inactividad... la historia dictará una extraña sentencia. Dirá que de la guerra de Crimea data la verdadera grandeza de los zares de Rusia y que Europa les ha hecho comprender que las llaves de Europa se hallan en Asia y que la política que les ha hecho retroceder en Alemania, pero les ha permitido crecer en Pekín, les pone entre las manos el cetro del mundo".

Las luchas de los nacionalismos europeos, por una parte los hicieron rivalizar a mano armada debilitándose mutuamente, y, por otra, llevaron a los países del mismo Viejo Mundo a competir económicamente en el resto del globo y a aprovechar al máximo las ventajas que les daban sus capitales acumulados y su técnica superior. No sólo Estados Unidos sino también Rusia se aprovecharon de ese hecho.

El desarrollo bajo Nicolás II

A fines del siglo XIX las inversiones extranjeras en Estados Unidos (principalmente inglesas) ascendían a poco más de 3.000 millones de dólares.

Por esos mismos años, los europeos (en especial los franceses) comenzaron a invertir en Rusia. Según el profesor Prokopovicz, citado por Michel Collinet (**Du Bolchevisme**), en el solo período de 16 años comprendido entre 1893 y 1908, las inversiones extranjeras en Rusia llegaron a 1.168 millones de rublos oro, o sea, superaron en un 65% las inversiones de los propios rusos.

Gracias a ese masivo aporte de capitales que llegaban a explotar los inmensos recursos y la mano de obra barata del imperio de los zares, se inició la industrialización rusa. De 1900 a 1913, la producción tuvo un aumento bruto de 74% y uno "per cápita" de 46%. Este primer "salto hacia adelante" de la economía rusa no podía compararse, es cierto, con el que un tiempo antes había dado la norteamericana, con porcentajes de aumento de hasta 900% en diez años y en algunos rubros, pero era impresionante.

El citado Collinet se refiere a algunos datos consignados por Edmond Théry en su **Transformation économique de la Russie**, según los cuales, de 1902 a 1912, la economía rusa experimentó el siguiente crecimiento en rubros básicos:

Cereales (incluido trigo)	22,5%
Trigo	37,0%
Carbón	79,3%
Acero	53,1%
Ferrocarriles	65,0%
Industria química	60,0%

En el mismo lapso la población rusa, por el solo crecimiento vegetativo, aumentó en un 22,7%, a razón de, aproximadamente, tres millones de habitantes por año, o sea, muy poco menos que actualmente en cifras absolutas, lo que es notable.

Esta industrialización acelerada se hizo a costa de una indescriptible miseria obrera. Las investigaciones sociales de la época muestran que el 75% de los trabajadores, quizá el 80% en Moscú y San Petersburgo, vivían sin un hogar propio, por ser solteros o por haber tenido que dejar su familia en su lugar campesino de origen. Sus salarios no les alcanzaban para mantener a sus familias. Por otro lado, la industria rusa estaba extraordinariamente concentrada. Casi la mitad de los obreros trabajaban en fábricas

de más de 1.000 de ellos, en tanto que las empresas de esta magnitud en Francia y en Alemania ocupaban no más del 24 y el 15% de los trabajadores industriales, respectivamente.

Con esta "masa de maniobra" y con la muchedumbre de los campesinos sin tierra (77% de la población) contó la Revolución y luego los bolcheviques, contra un zar que, entre tanto, estaba muy ocupado con su colección de estampillas...

Los primeros veinte años

Ya se sabe qué inmenso trastorno significó la revolución bolchevique para la economía rusa, sobre todo para la agraria. Se calcula que en el solo segundo semestre de 1921 murieron alrededor de cinco millones de personas en una de las hambrunas más gigantescas de la historia. Lenin tuvo que echar pie atrás y con toda desenvoltura estableció la NEP.

Pero, en 1928, Stalin puso en marcha el primer Plan Quinquenal y resolvió la colectivización forzosa de la agricultura, lo que implicaba "la liquidación de los kulaks como clase". Estos no eran términos metafóricos, porque entre la hambruna de 1931-34 y la "liquidación de los kulaks como individuos", sea sobre el terreno o en los campos de trabajo forzado, se produjo una nueva ráfaga mortal que se llevó prematuramente a la eternidad a unos diez millones de rusos, entre 1928 y 1934.

En su *Historia Económica de Europa*, Arthur Birnie sintetiza muy bien esta fase del desarrollo económico ruso. Vale más citarlo in extenso:

"Hacia 1927 la producción agrícola e industrial había logrado los tipos de la pre-guerra y Rusia estaba ya preparada para un nuevo avance económico". Este se quiso hacer, ante todo, en el terreno de la industria y para ello se estudiaron los Planes Quinquenales. 1928-32, 1932-37, 1937-42, pero la guerra vino a interrumpir este último.

"El propósito de tales planes —sigue Birnie— fue industrializar una comunidad predominantemente agraria y equipar a Rusia con industrias pesadas, que pudiesen proveer al Ejército Rojo de material moderno. En 1928, los jefes soviéticos temieron un ataque procedente de los países capitalistas, especialmente Francia. El objeto inmediato de los Planes, y ello debe ser puesto de manifiesto, fue el rearme y sólo en último lugar elevar el tipo de vida del pueblo ruso. Bajo la presión gubernamental Rusia atravesó la experiencia de la industrialización en una década cuando otros países necesitaron generaciones para llevarla a término. Para empezar, tanto la maquinaria como el material fabril tuvieron que ser comprados enteramente en el extranjero, con cuyo objeto fue necesario crear un excedente de exportación. En un país agrario, tal excedente sólo podía constituirse sobre la base de productos alimenticios, que era posible obtener nada más que por fuertes restricciones en el consumo del pueblo. El gobierno sovié-

tico empleó toda su energía en conseguirlo. Durante diez años, el hombre común en Rusia pasó hambre para que el Estado pudiese acumular recursos con vistas a su desarrollo industrial.

"En cuanto al éxito de los Planes, debe decirse en términos generales que el volumen de la producción industrial aumentó un 400 ó 500%".

Después de anotar que el Estado impuso una férrea disciplina de trabajo que le quitó al obrero toda independencia, Birnie expresa que es difícil juzgar hasta qué punto mejores condiciones de vida pueden haber compensado esa pérdida. "La capa superior de las clases obreras, los *stajanovistas*, técnicos y capataces, estuvieron sin duda mejor; pero si tenemos en cuenta que en 1934 la renta "per cápita" del pueblo ruso era aún inferior a la de 1913, parece llegarse a la conclusión de que el obrero ordinario recibía un salario menor que el de los días de la prerrevolución".

A pesar de que el volumen de la producción industrial soviética había cuadruplicado por lo menos, dado que el principal esfuerzo se hacía en la industria pesada, el crecimiento no se reflejaba en el nivel de vida del pueblo. Eran los tiempos en que Occidente aún leía "Kaput" de Carveth Wells y Stalin montaba purgas sanguiarias y grotescas. Así cumplió la URSS sus primeros veinte años. Y poco después vino la guerra, previo el pacto Molotov-Ribbentrop.

De la paz a la guerra fría

La guerra le costó a Rusia millones de muertos y una baja de la natalidad que se está apreciando dolorosamente en estos días. La destrucción material fue, además enorme. Las estadísticas soviéticas —las únicas disponibles para el caso— señalan:

- 1.170 ciudades destruidas total o parcialmente.
- 70.000 aldeas arrasadas.
- 6.000.000 de casas destruidas.
- 25.000.000 de habitantes sin techo.
- 98.000 kolkhoses destruidos.
- 36.850 establecimientos industriales arruinados.
- 7.000.000 de caballos perdidos.
- 17.000.000 de vacunos perdidos.
- Además, decenas de millones de ovejunos y porcinos muertos inútilmente o tomados como botín por el invasor alemán.

Pero los rusos se resarcieron, por lo menos en parte de sus pérdidas, saqueando literalmente los países ocupados. Después de transportar a su territorio las instalaciones industriales iniciaron la explotación sistemática de los recursos de su nuevo imperio. Conquistaron entre 1944 y 47 24.000.000 millones de nuevos súbditos y pusieron bajo su control a 80.000.000 de europeos de siete países. Era la época en que, con amargo humorismo, los europeos orientales decían que los genetistas rusos habían logrado progresos maravillosos, pues mediante un cruza-

miento de vaca con jirafa habían logrado un animal que pacía en Hungría o Polonia y era ordeñado en Rusia. Y los campesinos podían orientarse perfectamente aún en días nublados, porque el oriente estaba hacia donde los trenes corrían cargados, y el occidente hacia donde iban vacíos...

Entonces también comenzaron a trabajar en Rusia los sabios y técnicos alemanes que no alcanzaron a rendirse a los norteamericanos, al término de la guerra.

En la primavera de 1946, Churchill pronunció su famoso discurso de Fulton ante los norteamericanos para advertirles que Stalin había bajado una "cortina de hierro" en el centro de Europa. En julio del año siguiente, Moscú dió orden a todos sus satélites de no adherir al Plan Marshall y dos meses después se creó el Kominform, para reemplazar a la Internacional Comunista suprimida en mayo de 1943 para tranquilizar a los aliados occidentales en la guerra contra el nazismo.

Con las armas en la mano

En febrero de 1948 se produjo el golpe de Praga. Ya un año antes, el presidente Truman había advertido indirectamente a los rusos que no toleraría una expansión del poder comunista a expensas de Grecia y Turquía. El golpe de Praga y la subsecuente consolidación del totalitarismo comunista en los países de la Cortina llevaron al gobierno de Estados Unidos a proponer a los del Occidente de Europa, de acuerdo con la doctrina del "containment" que formulara George F. Kennan (artículo de **Foreign Affairs** en julio de 1947) una alianza calcada sobre el Tratado de Asistencia Recíproca suscrito con los países latinoamericanos en Río de Janeiro en septiembre de 1947. Así nació con doce miembros europeos la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en abril de 1949, como un pacto, ante todo militar, para detener toda posible agresión rusa. La invasión de Corea del Sur, en junio de 1950, convenció al gobierno norteamericano que el comunismo constituía principalmente una amenaza militar.

En septiembre de 1951, en una reunión de los cancilleres de la OTAN, los europeos insistieron en la necesidad de robustecer el frente económico social y de no debilitarlo, en ningún caso, por los gastos militares. Con esto consiguieron, desde luego, que la ayuda norteamericana cubriera el déficit de sus presupuestos de defensa. Tan persuadidos estaban en Washington de la urgencia de un reforzamiento militar, a pesar de su superioridad atómica, que el gobierno no vaciló en pedir 7.483 millones de dólares para "ayuda al exterior", de los cuales 6.000 estaban dedicados a Europa. (1951) Se querían habilitar de inmediato 30 grandes aeródromos y tener 60 divisiones de primera línea para 1954, armadas con un equipo de unos 300 millones de dólares por división.

Por otro lado, el Departamento de Estado y el Pentágono comenzaron a tejer una verdadera red de pactos y tratados de alianza con todos los países situados en torno a la masa continental eurasiática. Así, Estados Unidos ha llegado a encontrarse ligado con 43 países a través de pactos colectivos bilaterales y a disponer de unas 250 bases aéreas, navales o militares. Y en 1957 se llegó a destinar, sobre un total de 4.861 millones de dólares del programa de Seguridad Mutua (ayuda al exterior) la cantidad de 4.131 millones, ¡el 85%! para gastos militares y de apoyo a la defensa.

Quizá la historia revele algún día si el prodigioso esfuerzo desarrollado por Estados Unidos para armarse y armar a sus aliados durante quince años fue necesario, al menos con esa magnitud, para prevenir mayores expansiones territoriales del poderío comunista e impedir, en último término, una guerra. Por el momento, parece que los planes de los rusos han ido por otro lado y que esperan ganar la guerra sin disparar un tiro, contando con que su crecimiento económico les abra múltiples posibilidades de penetración en el inmenso mundo de los países subdesarrollados. Durante los últimos quince años, mientras las grandes potencias occidentales, especialmente Estados Unidos, han concentrado sus esfuerzos en el plano militar, la situación de los países subdesarrollados se ha hecho más angustiosa, creándose así un campo mucho más accesible a la penetración comunista directa y más inclinado a seguir el extraordinario ejemplo de crecimiento acelerado que los rusos muestran al mundo. Mientras los cohetes soviéticos surcan el espacio sideral, aparecen más y más lejanos los millones de muertos de los primeros veinte años de la revolución y el aumento de la miseria no hace tan penosa la renuncia a una libertad que es también la libertad para morir de hambre.

La situación actual

Porque el hecho es que, a un precio inicialmente horrendo, según se ha visto, y luego bajo la conducción inflexible de una dictadura totalitaria, al cabo de 43 años de revolución, la Unión Soviética ha logrado progresos que sería necio desconocer. Uno de los más notables sociólogos franceses, Mr. Alfred Sauvy, que no es comunista, escribía hace un año y medio lo siguiente:*

"Partamos de 1952, año de la muerte de Stalin. El ritmo de crecimiento anual en la URSS ha sido o está previsto como sigue":

	1952-58	1958-65
Producción industrial	11,3%	10,6%
Renta nacional	9,0%	8,2%
Acero	8,0%	8,0%
Energía	11,5%	9,5%
Cemento	15,5%	15,3%

(*) Semanario "L'Express" de 19 de Febrero de 1959.

“El ritmo de desarrollo previsto es un poco más débil, sin duda por efecto de la baja de las generaciones que llegan ahora a la edad de trabajar, como consecuencia de la disminución de nacimientos durante la guerra, con lo cual se produce la primera escasez de mano de obra en toda la historia rusa”. Añadamos que a esto se debe la disminución de las fuerzas armadas en 1.200.000 hombres anunciada por Khrushchev.

El mismo Sauvy añade que se puede calcular un promedio mínimo de crecimiento de 7% anual en los años próximos, considerando el desarrollo de la agricultura, menor que el de la industria. Esta apreciación no difiere mucho de la hecha en un informe emitido a mediados de este año por la Oficina Central de Informaciones de Estados Unidos, organismo muy poco sospechoso de pro-comunismo, el cual señala que en los próximos diez años, la producción de la URSS aumentará en un 80% y la población en 15%, con lo que se continuará, con un ritmo apenas inferior al extraordinario desarrollo de los diez años que acaban de pasar. Avaluado en dólares de 1958, el producto nacional bruto de la URSS fue de 120.000 millones en 1950, será de 225.000 millones en 1960 y alcanzará a 420.000 millones en 1970. El año pasado, el de EE. UU. fue de 500.000 millones de la misma moneda. El informe de la mencionada Oficina dice textualmente: “El alza sostenida del nivel educacional y del adiestramiento de la fuerza de trabajo de los Soviets, unida a los progresos tecnológicos, hará posible un aumento del producto nacional bruto en más o menos un 6% anual durante el próximo decenio, o sea, un poco menos que en los diez años que acaban de transcurrir”. Teniendo en cuenta el aumento de la población, resultará un incremento neto de 4,5% al año. “Esta alta tasa de desarrollo —sigue el informe— permitirá que el consumo “per cápita” aumente en forma substancial. Hacia 1970 el nivel medio de vida del obrero soviético será, probablemente, un 40% más alto que el actual”.

Por otro lado, dos economistas norteamericanos, Norman M. Kaplan y Richard Moorsten, publicaron en la “American Economic Review”, en julio último, un cálculo de los índices de producción soviéticos en el cual señalan que si se da el índice 100 a la producción industrial de 1950, a 1927-28 corresponde el índice 27,1 y a 1958, el de 202,3. Los datos oficiales soviéticos señalan para este último año el índice 250.

Las cifras publicadas hace un año por el “New York Times” (13-IX-59) y referentes a 1958 permiten hacer la siguiente comparación entre las producciones de Estados Unidos y la Unión Soviética en algunos rubros básicos:

	EE. UU.	URSS
Acero (millones de tons.)	78	55
Electricidad (billones de Kw. hs)	724	233
Petróleo (millones de tons.) ..	330	113
Cemento (millones de tons.) ..	52,3	33,4

Zapatos (millones de pares)	514	356
Automóviles (millones)	4,3	0,125
Carne (millones de tons.)	15,6	7,9
Mantequilla y margarina (millones de tons.)	1,4	1,2
Fuerza de trabajo (millones de obreros)	73,8	96,0

Por su parte, Alfred Sauvy hace la siguiente comparación. Si se da a la URSS el índice 100, la situación de Europa Occidental es ésta:

Acero	117
Energía	130
Carne	140
Mantequilla	158
Algodón	100
Lana	200
Fibras sintéticas	300

De lo cual Sauvy concluye que el nivel de vida de los soviéticos es inferior al de los europeos de Occidente en un 25 ó 33%. De lo cual se deduce también que él es, aproximadamente, el doble mejor que el del promedio de los latinoamericanos.

El progreso ruso es indiscutible. La incógnita está en si, mediante su continuación, los comunistas lograrán alcanzar y sobrepasar, económicamente, a los occidentales.

Quien parece haber sido el primero en dar la alarma en Estados Unidos es el grupo de estudio de la Fundación de los hermanos Rockefeller, cuyo informe sobre “Política Económica Exterior para el siglo XX” se publicó en junio de 1958. En él señalaba que de 1948 a 1958, la economía norteamericana habría crecido a razón de un 4% al año; la de los países industriales del mundo no soviético, en un 5%; la de Rusia, en un 6% y la de América Latina, en un 3%.

A juicio de Sauvy, en el período comprendido entre 1951 y 1958, la producción “per cápita” de Estados Unidos no habría aumentado, aunque hay que considerar que 1958 fue un mal año para la economía norteamericana. De 1950 a 57, la economía conjunta de la Europa de Seis (Alemania Occidental, Bélgica, Holanda, Italia, Francia y Luxemburgo) creció a razón de 5,75% anual, gracias a circunstancias excepcionales, que difícilmente pueden mantener.

De esos datos, el sociólogo francés deduce que la URSS, de mantenerse las actuales tasas de crecimiento, podría alcanzar a Europa Occidental en 1965 y que, con respecto a Estados Unidos, “el plazo es más lejano y más difícil de determinar”.

¿A qué se debe el progreso soviético?

Hay que considerar, ante todo, que el desarrollo ruso ha sido proporcionalmente muy grande debido a que sus niveles de partida fueron muy bajos. En la misma medida en que se alcancen niveles más altos se hará más difícil mantener la progresión al mismo ritmo.

En segundo lugar, la economía soviética se ha desarrollado de acuerdo con un plan, en el que se han cometido, seguramente, muchos errores, pero que ha permitido, en general, una combinación y aprovechamiento más racional de los recursos.

Ese plan se ha llevado a cabo, en tercer lugar, sin consideración a los derechos y al bienestar inmediato de los ciudadanos, bajo una autoridad despótica, provista de un incontrarrestable poder de coerción. El hombre ha sido sacrificado al Plan. Así, las grandes masas se han visto privadas, por un tiempo al menos, de lo necesario para su consumo a fin de incrementar los recursos para desarrollar las bases de la economía, especialmente la industria pesada. La capitalización se ha hecho a expensas del consumo.

El mencionado informe Rockefeller señala que en las naciones industrializadas de Occidente el 72% de la producción se destina a satisfacer el consumo de la población; el 8% a gastos militares y el 20% a inversiones reproductivas. En la Unión Soviética, las proporciones son del 47, 26 y 27%, respectivamente. El altísimo porcentaje de los gastos militares, más del triple, relativamente, de lo que gastan los occidentales constituye un pesado lastre para la Unión Soviética y, es una razón para creer que Khrushchev es sincero cuando propone una reducción de los armamentos.

Por otro lado, los soviéticos se han empeñado a fondo en tecnificar su economía, en basarla en un desarrollo científico serio, que es la mejor garantía de su crecimiento futuro.

En abril del año pasado estuvo en Moscú M. Maurice Letort, presidente del Comité Consultivo de la investigación científica y técnica de Francia. En un artículo publicado en *Le Monde* de París señaló la importancia dada por el régimen soviético a la investigación científica y las prerrogativas otorgadas a los investigadores. La Academia de Ciencias de la URSS dispone de un presupuesto anual de unos 100.000 millones de francos, o sea 25 veces más que el organismo francés equivalente. Trabajan en ella 48.000 personas. Los sabios dedicados a la investigación científica pura están extraordinariamente bien pagados y el Estado trata de hacer esa carrera lo más atractiva posible, al contrario de lo que ocurre generalmente en Estados Unidos, donde las mayores ventajas económicas y el éxito social se ofrecen a los técnicos de la ciencia aplicada. "En Moscú se sienten halagados con que la URSS cuente 280.000 "científicos" —escribe el Prof. Letort— y, en total, 7.500.000 técnicos con formación secundaria o superior, lo que, relativamente a la población

daría a la Unión Soviética el primer puesto en el mundo en esta materia".

En este hecho puede encontrarse la explicación de los notables éxitos obtenidos por los rusos en la conquista del espacio. Sería un error atribuirlos fundamentalmente a los científicos alemanes capturados.

Los mismos norteamericanos han señalado también los esfuerzos soviéticos para formar médicos, ingenieros y técnicos en general. El ritmo de "producción" de éstos —sobre todo de los ingenieros y subingenieros— es bastante superior al que pueden lograr las universidades de Estados Unidos.

Perspectivas

En la actual campaña presidencial, demócratas y republicanos se muestran de acuerdo en Estados Unidos sobre la necesidad de acelerar el desarrollo económico nacional para hacer frente al desafío soviético. Ambos difieren en los métodos, pues mientras los republicanos lo fían, ante todo, a la iniciativa privada y a la libre empresa, los demócratas reclaman una mayor intervención del Estado.

Pero una aceleración del crecimiento económico de Estados Unidos aisladamente serviría de muy poco para contrarrestar la amenaza rusa. El no solucionar el problema de los países subdesarrollados y, por el contrario, aumentaría la diferencia entre los niveles de vida de estas naciones y el norteamericano, con todas las consecuencias políticas, de ese hecho. Se ha llegado a un punto en que los pueblos que quieren salvar su libertad tienen que hacerlo conjuntamente, estableciendo una solidaridad no sólo política sino también económica. La primera sin la segunda es una farsa inaceptable y peligrosa. Por lo que se refiere a América Latina, Estados Unidos ha comenzado a comprenderlo con la lección de Cuba y con diez años de retraso.

"Hace siete años, cuando principié a llamar la atención sobre los progresos soviéticos —escribe Alfred Sauvy— escuché el silbido de las serpientes por encima de las cabezas. ¿Por qué?"

"Los más violentos anticomunistas deberían ser, según parece, los primeros en apoyarse sobre esos progresos para preconizar una aceleración del capitalismo. Pero no, su actitud es la inversa. La voz de Casandra queda cubierta por la de los troyanos, ciegamente preocupados por su seguridad".

"Creo haber presentado las cifras lo más honradamente que he podido. Y persisto en pensar que el Occidente debe preferir la inquietud creadora a la seguridad beata y provisional".

ALEJANDRO MAGNET.